

20. Los cierres a la esperanza: la murmuración

Si la esperanza es todo esto, si es este don de vivir esperándolo todo del Padre con confianza, ¿por qué a menudo nos falta esperanza, por qué no vivimos siempre en ella? La fe puede ser difícil de aceptar; la caridad puede ser difícil de vivir. Pero la esperanza, ¿por qué nos cuesta aceptarla como aliento de vida, como horizonte, como relación con Dios? ¿Qué se opone en nosotros a la esperanza? ¿Qué traiciona la esperanza en nosotros? ¿De qué debemos convertirnos siempre, purificarnos? Quisiera destacar algunas actitudes que se oponen a la esperanza en nosotros.

La primera es la lamentación, la murmuración. San Benito advierte constantemente contra la murmuración (cf. RB 4,39; 5,17-19; 34,6; 35,13; 40,9; 41,5; 53,18). El lamento, aunque a menudo justificado, olvida que seguimos una vocación, vivimos en comunidad, tenemos superiores, etc., no en virtud de un proyecto, sino de una esperanza. El proyecto, incluso espiritual, incluso evangélico, degenera tarde o temprano en proyecto de poder, en deseo de conquistar el poder, y luego en la decepción de no poseerlo como quisiéramos. El proyecto se convierte a menudo en una pretensión sobre uno mismo y sobre los demás que tarde o temprano se ve defraudada. En el fondo, nos decepcionamos porque estamos llenos de expectativas de nosotros mismos o de los demás, o de las circunstancias, y por eso ya no esperamos en Dios. Como ya he señalado: esperamos lo infinito de lo finito, en lugar de esperararlo del Señor y en el Señor.

Es como cuando, al cruzar el lago en una barca, los apóstoles se dan cuenta de que no han llevado suficiente pan (cf. Mc 8,14-21). Seguramente esto les inquieta, tienen miedo de que les falte, de pasar hambre. Quizá hayan llevado todo lo demás, pero como lo demás son alimentos que hay que tomar con el pan, por ejemplo aceite y sal, es como si les faltara de todo. Sé por experiencia que siempre se olvida algo cuando se emprende un viaje, pero hay olvidos que hacen inútil incluso todo lo que uno se acordó de llevar. Por ejemplo, si uno se olvida el pasaporte. Entonces uno empieza a quejarse, a murmurar. Es probable que uno de los discípulos fuera el encargado de proporcionar el pan aquel día, y entonces tal vez empiezan a murmurar contra ese hermano suyo. Tal vez se digan a sí mismos: “¡Este no es de fiar! El Maestro debería nombrar a otro, más listo y menos despistado”, y entonces quizá también murmuran contra Jesús.

No estoy haciendo una caricatura de lo que pensaban o se decían los discípulos, porque son cosas que se renuevan constantemente entre nosotros, en la vida de cada comunidad, de cada familia, de cada grupo de amigos o de colegas. Nos quejamos porque no obtenemos, de nosotros mismos, de los demás, de la realidad y, en definitiva, de Dios, lo que exigimos de inmediato, algo que nos satisfaga y nos tranquilice a la vez, como el pan que queremos comer hoy. Jesús se enfada con los discípulos por esta preocupación suya, por este miedo a la carencia. Les ayuda a recordar:

“«¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón embotado? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No recordáis cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco

panes entre cinco mil?». Ellos contestaron: «Doce». «¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?». Le respondieron: «Siete». Él les dijo: «¿Y no acabáis de comprender?»» (Mc 8, 17-21).

Al fin y al cabo, somos tan caprichosos como los niños. No complacer siempre y de inmediato los caprichos de los niños es una educación para la esperanza. El hombre es instintivamente caprichoso, pero si aprende a afrontar la carencia, su corazón madura, su libertad crece, su relación consigo mismo, con los demás, con la realidad y con Dios se hace cada vez más libre, madura, capaz de esperar, de tener paciencia. La paciencia es la virtud más característica de la madurez humana y cristiana. El hombre paciente espera sin exigir y, sobre todo, sin quejarse. El hombre paciente se mantiene siempre dispuesto a recibir como un don todo aquello que todos quisieran agarrar como una deuda. Aquel día, los discípulos de la barca sentían que merecían el pan, porque se estaban agotando siguiendo a Jesús, remando de una orilla a otra del lago según sus órdenes, y luego pasando horas y horas en medio de la multitud siguiendo y escuchando al Señor. No tenían tiempo para comer, ni para dormir, ni para ocuparse de otra cosa que no fuera Jesús y la multitud. Es como si aquel día se hubieran dicho a sí mismos: “¡Bueno, al menos merecemos un poco de pan! Lo hemos dejado todo por Él; ¡que al menos no nos deje morir de hambre!”

Esta impaciencia, como dice Jesús, les endureció el corazón y les cerró los ojos y los oídos. Encerraron en sí mismos sus pensamientos y sentimientos. Ya ni siquiera pensaban en Jesús, en los muchos milagros, como la multiplicación de los panes y los peces. Ya no definían su vida dentro de su relación con el Padre.

La paciencia cristiana no es una virtud estoica, de gente fuerte y dura. Por el contrario, es la virtud de los mansos y humildes de corazón que, incluso en el momento de los fallos verdaderamente injustos, saben que podemos esperar de la vida mucho más que una satisfacción inmediata e inmanente. En el espacio que la paciencia se niega a llenar con el lamento y la acusación de los demás, se crea una expectativa que sólo Dios puede llenar, que sólo Dios en Cristo ha venido a colmar sin medida con el don de sí mismo, con el sacrificio de sí mismo que hace de él para nosotros Pan vivo, Cuerpo ofrecido y Sangre derramada, Eucaristía.